

zura y la serenidad. Y en el xx, *D'Annunzio* (1863-1938), el mejor continuador patriótico de Carducci. *Marinetti* (1878-1943) es el creador de la lírica futurista. Y en la poesía joven destacan *Folgoré*, *Soffici*, *Goroni*, *Ungaretti*, *Capasso*. Y otros.

Lírica francesa.

Si la lírica italiana comienza de hecho —y genialmente— con *Petrarca* en el siglo xiv y la española con el *Arcipreste de Hita*, en ese mismo siglo, también la francesa tiene, muy poco más tarde, un gran poeta inicial: *Villon* (1431-1463, errabundo y juglaresco como nuestro Arcipreste, con una maestría formal digna del Petrarca, pero más hondo y humano que ninguno: en sus «Baladas y Testamentos», poemas coetaneos a las «Coplas de Jorge Manrique», con las que tienen un misterioso enlace elegíaco.

La lírica de Villon poseía aún la libertad y el encanto de lo juglaresco e improvisado. Pero el Renacimiento llegó a Francia imponiendo más severas regulaciones que en país alguno. El petrarquismo enseñó el camino de la «perfección antigua», y *Clemente Marot* (1496-1544) es el primer gran petrarquista y fundador de escuela «clasizante». Equivaliendo en cierto modo a nuestro Boscan. Y como Boscan incitando un Garcilaso, en la musa clarísima de *Ronsard* (1524-1585), el más representativo de toda la «escuela al itálico y antiguo modo» que se llamó «La Pléyade», compuesta además por *Du Bellay*, *de Bai*, *de Tyhard*, *Belleau*, *Daurat*, *Jodelle*. Si Ronsard, con su «Pléyade», introdujo —como en España Garcilaso con su escuela— las formas itálicas, también (Du Bellay al igual de Fray Luis) propugno la defensa de la lengua «nacional», con-

siderándola tan apta como la latina para expresar un clasicismo.

El alcanzar tal clasicismo exigía una depuración racional y académica de las generosas aportaciones itálicas introducidas por esos renacentistas de la Pléyade. Y con esa exigencia preceptística surgieron los dos continuadores retóricos de Marot: para el siglo xvii, *Malherbe* (1555-1628) (semejante a nuestro Herrera). Y para el xviii, *Boileau* (1637-1711) (semejante a nuestro Luzán). El resultado fué brillante para el Teatro (Corneille, Racine, Molière) y para la Prosa (Descartes, Pascal, Bossuet). Pero en Poesía sólo produjo unas *Sátiras* —muy españolizadas— de *Voiture* (1598-1648), y el Fabulismo racionalista y pedagógico de *La Fontaine* (1621-1695). La insatisfacción por esa infecundidad preceptista provocó la «Querrela entre Antiguos y Modernos» a fines del xvii y principios del xviii. Los «Modernos» pedían libertad de inspección: triunfando, al fin, con el Romanticismo, que enlazó la Lírica francesa, otra vez, a la musa genial y libre de Villon.

El siglo xix fué de los grandes líricos franceses. *Lamartine* (1790-1869), con sus «Meditaciones» y «Harmonías»; *Victor Hugo* (1802-1885), con sus «Orientales», «Cantos del Crepúsculo», «Las Contemplaciones», entre otros famosos poemas; *Vigny* (1797-1863), con sus «Destinos», y *Musset* (1810-1857), con «Las Noches», constituyeron los grandes líricos del Romanticismo francés.

Hacia mitad del siglo xix hay en Francia una reacción contra ese lirismo musical y libre: romántico. Y como en tiempos de Marot, Malherbe y Boileau, se buscó de nuevo la «perfección formal», temas arqueológicos y exóticos con la escuela lla-